

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo I. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 85-88.

Transcripción: Arturo Rodríguez Peixoto

José Irureta Goyena (1874-1947)

Parecerá tal vez extraña en una selección de esta índole la concurrencia del Dr. José Irureta Goyena. Pero ocurre que, además del penalista eminente que este letrado fue, del autor del código uruguayo más orgánicamente pensado y técnicamente más perfecto con que el país cuenta, Irureta era un cabal escritor y un ejemplo irremplazable de varias líneas de interés –temáticas e ideológicas– que han pesado decisivamente en nuestra historia.

Abogado de grandes intereses privados en actividad que no dejó de levantar violentos enconos, centro del bando positivista en materia penal, hombre más bien duro y parado sobre sí mismo, portavoz deliberado y metódico del sector patronal agropecuario en cuyas asambleas tomaba anualmente la palabra con oraciones que fueron calificadas de **discursos de la corona**, tuvo igualmente ocasión de despedir en su último tránsito a todos los poderosos del país, siendo en este aspecto una especie de Bossuet laico de nuestras “clases vivas”. Viéndosele en un todo, es fácil advertir que Irureta Goyena encarnó ese tipo de jurista que –pieza maestra de un sistema social– puede darse el lujo de prescindir de todo partidismo político porque siempre es hombre de consejo en esas entretelas de un régimen en las que las grandes decisiones son adoptadas. Acorde a ello, Irureta prefirió ejercer su múltiple acción en ciertos ámbitos cuya yuxtaposición podría no tener nada de arbitraria (Corte Electoral, Colegio de Abogados, Federación Rural, instituciones pro-británicas, Instituto Uruguayo de Derecho Internacional, Banco Comercial, etc.). En este sentido, cabe afirmar, y no es importancia pequeña, que Irureta fue el organizador más conspicuo de los intereses propietarios del país en contundentes “grupos de presión” parapolíticos, esfuerzo persistente en él tras el fracaso de sus primeros proyectos de una fuerza partidaria independiente, de sello capitalista y ruralista.

Irureta asume así, a la vez, la corriente del ruralismo conservador (véase noticia sobre Martínez Lamas, **in fine**) y la de ese individualismo capitalista liberal, empresario, cultor de la “energía”, de la “libre iniciativa” que suele calificarse en otras partes, erudita pero precisamente, de “manchesteriano”. Tales corrientes han caído, y este descenso no es cosa de hoy, en tan desesperante banalidad y en tan mentirosa unción que es difícil imaginar que alguien haya podido defenderlas con brío, autenticidad y desafiante franqueza.

Tal es, sin embargo, creo, el caso de Irureta Goyena y esto lo que presta interés a sus páginas. Todos los temas –y los lemas– del pensamiento conservador pueden rastrearse en ellas y, sobre todo, en los discursos a las asambleas rurales desde 1910 a 1919: la defensa del latifundio y el elogio del estanciero; la protesta frente a la política impositiva y al “fiscalismo asfixiante”; el anti-etatismo; la denuncia de la inflación burocrática; la antipatía por la política, los políticos y el “electoralismo”; la exaltación del trabajo y del ahorro privado; la desconfianza hacia el proceso industrializador; la voluntad de atenuar (caso de

los rancheríos) los males sociales del campo; la reivindicación de la tolerancia y la diatriba del sectarismo; la adhesión inquebrantable a Gran Bretaña y a su mercado comprador; la hostilidad al Colegiado (del que Irureta afirmaría que era **un máximo de gobernantes y un mínimo de gobierno**). Finalmente, en una vuelta singular pero no imprevisible, aparece, desde 1923, en sus textos de la tercera década una postura antimperialista de tipo empresario dictada indisputablemente por la protesta de los ganaderos que se sienten explotados por el “trust” del frío y su política de precios (en una situación que culminaría hacia 1928 con la creación del “Frigorífico Nacional”).

El fondo de su pensamiento, tal como puede inducirse de sus obras técnicas y de los **Discursos** publicados tras su muerte, en 1947, por las instituciones que promoviera, era el positivismo, pero un positivismo atemperado por una postulación “iusnaturalista” en todo lo que tendiera a dogmatizar la permanencia de los intereses y los ideales con los que su acción se consustanciaba. Pero aun podrían precisarse mejor los supuestos en que descansa una postura ideológica cuya importancia, si bien remanente, parece obvio destacar. Entonces, a lo ya apuntado habría que agregar –en concepto de ingredientes no rigurosamente sistematizados– a Nietzsche, difuso magisterio de todo el 900 y a la línea del liberalismo (conservador) antirrevolucionario inglés que tuvo su gran portavoz en Burke y a la que se aproxima Irureta en sus encomios de la voluntad y el instinto sobre la inteligencia racional, de la tradición continuadora sobre la creación “ex nihilo”, en su vitalismo y su “realismo” contra todas las “ideologías”. En esta dirección, el pensamiento de Irureta integra una original veta intelectual uruguaya en la que, incluso, podría marcarse un costado radical (Figari) y uno conservador (Reyles, Herrera, el mismo autor presente). Una veta, es seguro, de mayor influencia real que la del evaporable idealismo ariético.

El texto de Irureta Goyena seleccionado aquí es parte de una conferencia pronunciada en la Academia Nacional de Letras (cuerpo del que fue fundador y en el que ocupó un sillón en el que luego le continuarían Eduardo J. Couture, Carbajal Victorica y Justino Jiménez de Aréchaga). Muestra algunos de los trazos más firmes de su estilo de orador y de ensayista, entre ellos un inteligente manejo de la cita, ni rebuscada ni manida y muy estratégicamente colocada. Señala también su proclividad –síntoma al fin de su formación positivista– por el empleo de comparaciones extraídas de la ciencia y, sobre todo, del pensamiento organicista. El discurso gira en torno al contraste de Libertad, Igualdad y Fraternidad y apúntese desde aquí que aún aceptándose que es (y especialmente era) un tema vivo de la ortodoxia democrática no puede dejar de estar teñido de cierta artificialidad, sin un previo deslinde de las acepciones que se manejarán, esta logomaquia de tres términos tan uberosos y multívocos. Reflejan también estas páginas de Irureta algunos aspectos muy esenciales del pensamiento conservador a lo angloamericano al que el autor, como otros hombres de su época y su clase (Martín C. Martínez, Juan Andrés Ramírez) se afilió. Uno es la firme convicción en la “naturaleza del hombre” y el correlativo escepticismo en su labilidad, en su capacidad de sustancial transformación. La fe individualista en la capacidad está inscrita aquí en una visión, muy siglo XIX, del contraste entre construcción comunista y energía individual. El planteo es abstracto, genérico y la tesis de la capacidad y la nivelación prescinde de ajustes tales como los del “para qué”, el “cómo”, el “qué”, el “cuántos” y el “dónde”. De cualquier manera –y señálese al pasar que no hay aquí el horror extrarracional y sagrado al comunismo que los voceros posteriores a él tratan de fomentar– el problema general (y el más concreto de los “estímulos” y los “premios”) tiene una aguda y

permanente vigencia en las sociedades centralizadas, colectivizadas y planificadas, como con los ejemplos de la U. R. S. S. y China Popular podría mostrarse. Igualmente cabe apuntar que el texto, de 1944, rezuma en ciertos pasajes el lenguaje de 1910. Así esas **ficciones del socialismo**, esas **paradojas del comunismo**, esos **dispersivos extravíos del anarquismo**; así el propio simplismo del esquema, basado en tres puntos: la identificación de la riqueza con los ricos; la pregunta de si no hay ricos ¿quién ayuda a los pobres?; la corolaria interrogación de ¿quién soporta el peso muerto de los ineptos...?

Los peligros de la Fraternidad, en una significación más amplia, serviría para marcar el contraste entre el liberalismo democrático, de importación individualista y capitalista y las formas de la democracia radical de masas que el jacobinismo francés primició, que tuvieron su expresión nacional en el Batllismo de las primeras décadas del siglo y respecto a las cuales las corrientes marxistas (o “social-comunistas”) no podían aparecer, a contextura mental como la de Irureta, más que como una superlativa pero lógica conclusión.